

sas, en las que se refresca y se toma café y otros licores.

Las calles de la ciudad, son tiradas á cordel y regularmente anchas, bien enlosadas y empedradas.

Los edificios, aunque no son de estructura moderna, los hallé bastante hermosos y algunos de aspecto monumental.

En las principales calles hay muchas tiendas de ropa y de comestibles, de importancia; mercerías, quincallerías, fondas, cafés, peluquerías, y todo lo que constituye una ciudad de algun movimiento comercial.

Hay una calle larga que conduce al paseo, en la que se trata de poner una tranvía. (1)

Entrando yo á aquella, me dirijí al Sur, mirando por ambos lados casitas alegres, algunas de ellas con sus jardines. Al terminar la ciudad por esa par-

1 En la actualidad está ya establecida, con un número considerable de wagoes de verano y cerrados, de mucho lujo.

te hay un punto circundado por una glorieta, y de ahí rompe el paseo (1) que aunque en proyecto, se disfrutan en él bonitas lontananzas, y á uno y otro extremo situaciones pintorescas, que cuando esté concluido será, muy hermoso.

Casi al término de este paseo, se mira por la izquierda, hácia el Este, el panteon, y por la derecha, se está construyendo el ferrocarril de vapor para Medellín. (2)

Hace algun tiempo que me contaron que Veracruz era una ciudad triste, y hoy que la he conocido, me parece todo lo contrario, porque, despues de tener situaciones pintorescas, un puerto siempre es alegre y animado por el movimiento marítimo y su proximidad al mar. Yo supongo, que si esa ciudad no tuviera la nulidad del vómito, aumentaria notablemente su poblacion, porque

(1) Está ya muy adelantado, y al pié de él, se terminó hace poco una fuente.

(2) A esta hora corre el tren haciendo dos viajes; uno de ida, y otro de vuelta.

se irían á establecer á ella multitud de familias que harían más alegre su aspecto; en lugar de que hoy sus 30,000 habitantes, no bastan para llenar completamente sus calles y sus plazas. Esto mismo pasa poco más ó ménos en Morelia, Guadalajara y otras de nuestras ciudades, que aunque tienen calles extensas, hermosas plazas y magníficos edificios, se miran un poco tristonas á causa de que falta poblacion para darles vida.

A las siete de la noche regresé al hotel para comer, y despues de terminada tan importante operacion, me volví con mis amigos al zócalo ó jardin que, siendo ya las ocho, estaba muy concurrido y la música militar, situada bajo el pórtico de la Municipalidad, templaba sus instrumentos.

Vagaban las lindas veracruzanas como visiones vaporosas vestidas de colores claros, por las diversas callecitas del jardin, luciendo su donaire y esa gracia voluptuosa que ostentan sólo nuestras mujeres nacidas en los trópicos.

Algunas llevaban cocuyos prendidos en el peinado ó en el pecho, y todas en cuerpo y tomadas algunas de las manos, armando una algazara de risas y conversaciones parieras, daban vueltas y amenizaban aquel conjunto de arbustos y de flores, que teñido con los efluvios del gas y el ambiente con los acentos de la música, se creía estar en un mundo de hadas, de luz y armonía.

¡Cómo me enorgullesia yo al ver que mis paisanas no cedían en belleza á las europeas, aventajándolas aquellas á estas en voluptuosidad, en exquisita gracia y coquetería!

Traía á mi memoria á las mujeres que habia yo visto en mi viaje, las comparaba á nuestras mexicanas y veía que éstas no perdían, sino al contrario, que estas eran verdaderas mujeres, y unas Evas tentadoras que jugaban con el corazón de los mortales.

Yo estuve muy contento en la retreta hasta las diez de la noche.

¡Ya se vé! estaba de vuelta en mi Patria y todo lo que veía, todo lo que

B. Y. N. Y. D.
 BIBLIOTECA NACIONAL
 DE MEXICO

me rodeaba, me causaba cierta fascinación y gozaba con la novedad de la menor cosa.

Nos retiramos al hotel para dormir cuatro horas, porque el tren sale á las dos de la mañana.

Poco ántes de esta hora, nos levantamos y emprendimos nuestra marcha á la Estacion, entrando de paso al café, que está allí vecino para tomar alguna cosa.

A las dos en punto sonó el pito de la locomotora y yo salí contento de Veracruz, porque hasta ese momento no me habia atacado el vómito, y porque emprendia yo el viaje para la Capital.

Cuando amaneció, llegábamos á Córdoba, y ya con la poca luz que habia, comencé á percibir la grandiosa mole del Pico de Orizaba, que se levantaba sobre las demas montañas que nos rodeaban en el camino.

Esto era nuevo para mí, porque era la primera vez que lo andaba; por consiguiente, no me separaba un punto de la ventanilla del wagon para ir admirando

do aquella naturaleza magnífica y el volcan que unas veces se perdía ó se ocultaba tras las ondulaciones del terreno ó las montañas, y otras se presentaba majestuoso como un rey, rodeado de toda su corte de alturas y de serranías.

Serían las nueve de la mañana, cuando llegamos á Orizaba; se detuvo el tren un momento, y continuó, comenzando á subir las alturas del *Chiquihuite*.

Seguimos á Maltrata, cuya población veíamos desde la cima de los cerros, como un mapa-mundi ó un bordado de diversos colores.

¿Y los puentes?

¿Y todo el camino practicado sobre la cima de algunas montañas ó al borde de otras, quedando á nuestras plantas una profundidad vertiginosa, cuyos detalles estaban ocultos algunas veces por los vapores que le hacian parecer un mar profundo?

Yo habia visto algunos ferrocarriles en Europa; pero francamente no de la belleza de la localidad ni de la importancia en las obras del de Veracruz: ve-

nia yó encantado, admirando á cada paso las maravillas de nuestra rica naturaleza, sus altísimas montañas, los precipicios, las lontananzas y todos los obstáculos que vencía el tren en alas, de la poderosa locomotora.

Cerca de las doce llegamos á Boca del Monte, y en este sitio nos detuvimos á comer.

Se me habia pasado contarte, que desde Orizaba, al pasar el tren, se acercaron multitud de muchachas del pueblo, á vender á los pasajeros, leche, tamales, enchiladas, gallina, pulque, etc.

Debes comprender, María, la emocion que me causaria la vista de estas comidas del país, como que hacia muchos años que no las veía ni las probaba.

El que no se ha separado nunca de la patria, no conoce la importancia de multitud de objetos y de cosas que forman su tipo, por decirlo así, que en el extranjero se echan mucho de ménos y se suspira por ellas más de cuatro veces, deseando ardientemente verlas ó gustarlas.

Varias veces que me he encontrado en Europa con mexicanos, de esos que por darse importancia en México han proscrito de su mesa el mole, las enchiladas, los frijoles, etc., como unas comidas villanas y ajenas de la gente decente, al hacer mencion de ellas, hemos suspirado juntos y deseado tenerlas en el extranjero por cualquier precio.

¡Tal es lo que se irrita al amer patrio cuando uno está ausente de su país natal! Que ánn lo más insignificante que le pertenece ó los más simples recuerdos, toman exageradas proporciones en el ánimo y no pueden ménos de engendrar esa melancolía que lo hace creer proscrito de su patria, y amarla doblemente.

En Boca del Monte tambien se acercaban á las ventanillas de los wagoes multitud de mujeres y muchachos á ofrecernos tamales, asado degallina, frutas, etc.; pero como yo habia almorzado ya en el restaurant por acompañar á los dos compañeros colombianos que venian conmigo y á Urgel que era es-

pañol, que no conocian nuestras comidas del país, solamente compré de varias clases de fruta que hacia mucho tiempo no tomaba, porque en el extranjero son desconocidas y dí á gustar á esos caballeros, que las encontraron deliciosos.

A Urgel le agradaron en extremo las enchiladas, que sin embargo de haber almorzado ya, se las engullía con gana echándose á pecho buenos jarritos de pulque que igualmente encontró delicioso.

Cuando pasamos de la estacion de Otumba, se comenzaron á dejar ver los picachos de los volcanes del Popocatepetl y el Ixtazihuatl, y á mí se me alegró el corazon con su vista, primero, porque volvia á admirar esos gigantes despues de trece años, y segundo, porque ellos me anunciaban la proximidad del hermoso Valle de México y que dentro de pocas horas estaria en la gran Tenochtitlan.

Siguió el tren y seguimos pasando

estaciones y más estaciones, oscurecióse completamente en San Cristobal.

Ya á poco andar, y con el crepúsculo, comencé á reconocer la masa de los cerros de la Villa de Guadalupe envueltos entre las sombras: se prolongaban estos más de lo que yo deseara, porque deseaba llegar pronto al Santuario, pues esto me indicaria que entrábamos definitivamente á la capital.

¡Ah! vaya! se distingue la iglesia de la Colegiata y sus torres.....se pone el tren en direccion de la calzada que corre frente al templo.....hay algunas luces de las casas de la poblacion.... otra vez la oscuridad y, despues de un cuarto de hora, ¡bendito sea Dios! se entra á las dependencias de la estacion de Buenavista y nuestra locomotora entra silbando triunfante de haber terminado su viaje.....¡Hemos llegado!

¡Oh! ¡María! Este momento de mi arribo á la capital, al término de mi prolongado viaje y de mi larga ausencia, es indescriptible; no tengo palabras para expresar la tierna emocion que experi-

D. K. N. K.
 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
 BIBLIOTECA DE LA VILLA DE GUADALUPE

mentaba; la suprema felicidad que se apoderó de mi alma al verme de nuevo en la reina de las Américas, en la ciudad de los palacios, como la llamó Humboldt; en mi país, en fin, en donde se meció mi cuna y ví la primera luz.

Figúrate viajando, amiga mía; piensa en la larga ausencia te que ha impedido por largo tiempo ver tu ciudad querida, á tu familia, departir con tus amigos y carecer de las delicias que sólo pueden ser completas en la patria, y comprenderás mis emociones, mi felicidad y el gran contento que experimentaré al poner el pié en la Estacion de Buenavista!

Apénas se verifica esto, me encuentro en los brazos de mis queridos amigos, el Sr. Lic. Sanchez Solis, Salomé Pina, Director de San Carlos; Obregon, id., y otras veinticinco personas que á porfía me estrechan cariñosamente y que tuvieron la galantería de ir á encontrarme á la Estacion.

Concluidos los saludos y las felicitaciones por mi vuelta á la patria, se or-

denó la marcha al centro de la ciudad, entrando todos en sus respectivos carruajes.

Yo entré al del Sr. Solis con otros dos amigos, y se dirigió la comitiva á la casa del primero.

Llegados á ella, y poniendo yo el pié en el zaguan, quedé sorprendido á la vista de una iluminacion con que se me recibia y de un repique de muchas campanitas, y creo que hasta del almirez y todas las vasijas de la cocina, con visos de cencerrada.

Yo estaba confundido con la manifestacion de tanta bondad del dueño de la casa para conmigo, y al mismo tiempo reía con él de su ocurrencia y de su fantasia para preparar una recepcion tan ruidosa y original; igual cosa hacian las demás personas que compartian conmigo del contento y la alegría de la funcion.

Entramos á la sala, y para armonizar el repique y la iluminacion, el piano, acompañado de violín, flauta, piston y

D. R. N. Y. Y.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CASTILLA ALFONSO
 P. 1

contrabajo, entonaron una marcha y continuaron las felicitaciones.

Después de ejecutarse algunas otras piezas escogidas, fuimos todos al comedor en el que estaba preparado un magnífico ambigú. Olvidaba decir, que la generosidad del Sr. Sanchez, no echó en olvido á mis compañeros de viaje, porque los hizo ir con nosotros para que participaran de la recepción y del convite.

Reinó en él la mayor cordialidad; se pronunciaron algunos brándis; volvimos á la sala para oír algunas piezas más y á la una de la noche, se disolvió la reunión, yendo yo á acompañar á los compañeros colombianos y al español al hotel de la Bella Union, donde se hospedaron.

Volví á la casa del Sr. Solís, porque me fué designada para mi posada y á poco me acosté y dormí arrullado por tan sabrosas impresiones y la más grande, de estar de vuelta en la patria.

Estos dos días que llevo de estar en la capital, no he cesado de andar de día

y de noche renovando mi conocimiento con las calles, plazas y templos, así como visitando á mis amigos.

Te diré, amiga querida, para que te llenes de satisfacción y lo mismo nuestros compatriotas, que al estar en Europa y visitar algunas ciudades, me figuraba que cuando volviera á México, la capital me parecería una ciudad de tercer orden; pero á pesar de esta prevención, hoy que la he vuelto á ver, creo que después de las primeras capitales del Antiguo Continente, la de México puede ser de segundo orden, que no es mucho decir, atendiendo á la suntuosidad de Paris, Lóndres, etc.; por consiguiente no nos debemos avergonzar de nuestra ciudad.

En fin, amiga mia; con estos últimos renglones cierro las impresiones de viaje que me pediste enviara en mis cartas; sinó han sido completas, bien razonadas y ménos bien escritas, la culpa no es mia, sino del poco tiempo que he contado para emplear una redacción más esmerada, ofreciéndote que á nuestra

D. X. N. Y. Y.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CIUDAD ALYONSINA

vista, rectificaré algunos errores notables que hayas encontrado, para que si los publicas, como me indicaste una vez, la edicion salga un poco más correcta, aunque no de un mérito sobresaliente, supuesto que es un pintor el que escribe, y no un literato.

Mañana tendré el gusto de verte; entretanto, te desea salud el que se repite atento amigo y seguro servidor.

FELIPE S. GUTIERREZ.

VIAJES A LAS REPUBLICAS DEL SUR A

I

Texcoco, Enero 25 de 1879.

México.

María muy estimable:

Llegó la hora, amiga mía, de emprender el viaje á las repúblicas del Sur, de que tanto hemos hablado tú y yo varias veces; testigo eres de la gran simpatía que les he profesado siempre y no solamente yo, sino casi todos los mexicanos, por ser del mismo origen, tener la misma afinidad de costumbres, haber seguido la misma suerte en política, te-

BIBLIOTECA VANDERBILT
 D. R. N. Y.